

GABRIELA MISTRAL
DESOLACIÓN



EDICIONES UNIVERSIDAD DIEGO PORTALES

ÍNDICE

Hazte olvidar, por <i>Leila Guerriero</i>	11
---	----

VIDA

El pensador de Rodin	53
La cruz de Bistolfi	54
Al oído del Cristo	55
Al pueblo hebreo	57
Viernes Santo	59
Ruth	60
La mujer fuerte	62
La mujer estéril	63
El niño solo	64
Canto del justo	65
El suplicio	67
In memoriam	68
Futuro	70
A la Virgen de la Colina	71
A Joséln Robles	73
Credo	76
Mis libros	78
Gotas de hiel	81
El Dios triste	82
Teresa Prats de Sarratea	83
La sombra inquieta	84
Elogio de la canción	86

LA ESCUELA

La maestra rural	3
La encina	95
El corro luminoso	97

INFANTILES

Manitas	101
Himno de las escuelas "Gabriela Mistral"	102

DOLOR

El encuentro	107
Amo amor	109
El amor que calla	110
Éxtasis	111
Íntima	113
Dios lo quiere	115
Desvelada	118

Vergüenza	119
Balada	120
Tribulación	121
Nocturno	123
Los sonetos de la muerte	125
Interrogaciones	127
La espera inútil	129
La obsesión	131
Coplas	132
Ceras eternas	134
Volverlo a ver	136
El surtidor	137
La condena	138
El vaso	139
El ruego	140
Poema del hijo	142
Coplas	146
Los huesos de los muertos	149
Canciones en el mar	150
I. El barco misterioso	150
II. Canción de los que buscan olvidar	151
III. Canción del hombre de proa	152
Serenidad	154
Palabras serenas	156

NATURALEZA

Paisajes de la Patagonia	159
Desolación	159
Árbol muerto	160
Tres árboles	161
El espino	163
A las nubes	165
Otoño	167
La montaña de noche	169
Cima	171
Balada de la estrella	172
La lluvia lenta	173
Pinares	175
El Ixtlazihuatl	177
Canciones de Solveig	179

CANCIONES DE CUNA

Apegado a mí	185
Yo no tengo soledad	186
Meciendo	187
La noche	188

Me tuviste.....	189
Encantamiento.....	190
La madre triste.....	191
Suavidades.....	192
Canción amarga.....	193
Miedo.....	195
Corderito.....	196
Rocío.....	197
Hallazgo.....	198
Mi canción.....	199

PROSA

La oración a la maestra.....	203
Los cabellos de los niños.....	205
Poemas de las madres.....	206
Me ha besado.....	206
¿Cómo era?.....	206
Sabiduría.....	207
La dulzura.....	207
La hermana.....	208
El ruego.....	208
Sensitiva.....	208
El dolor eterno.....	209
Por él.....	209
La quietud.....	210
Ropitas blancas.....	210
Imagen de la tierra.....	211
Al esposo.....	211
La mano.....	212
Cuéntame, madre.....	212
El amanecer.....	213
La sagrada ley.....	213
Poemas de la madre más triste.....	214
Arrojada.....	214
¿Para qué viniste?.....	215
Motivos del barro.....	216
I. El polvo sagrado.....	216
II. El polvo de la madre.....	216
III. Tierra de amantes.....	217
IV. A los niños.....	217
V. La enemiga.....	218
VI. Las ánforas.....	220
VII. Los vasos.....	221
VIII. La limitación.....	221
IX. La sed.....	222

Poemas del éxtasis.....	223
I. Estoy llorando.....	223
II. Dios.....	223
III. El mundo.....	224
IV. Hablaban de ti.....	225
V. Esperándote.....	225
VI. Escóndeme.....	226
VII. La flor de cuatro pétalos.....	226
VIII. La sombra.....	227
IX. Si viene la muerte.....	227
El arte.....	229
I. La belleza.....	229
II. El canto.....	229
III. El ensueño.....	230
IV. Decálogo del artista.....	231
Comentarios a poemas de Rabindranath Tagore.....	233
Lecturas espirituales.....	236
I. Lo feo.....	236
II. La venda.....	236
III. A un sembrador.....	237
IV. El arpa de Dios.....	238
V. La ilusión.....	239
Motivos de la pasión.....	240
I. Los olivos.....	240
II. El beso.....	241
Poemas del hogar.....	243
I. La lámpara.....	243
II. El brasero.....	244
III. El cántaro de greda.....	245
 PROSA ESCOLAR	
Cuentos	
Por qué las cañas son huecas.....	249
Por qué las rosas tienen espinas.....	253
La raíz del rosal.....	256
El cardo.....	258
La charca.....	261
Voto.....	263

HAZTE OLVIDAR

Podría empezar así: podría empezar diciendo que hay, en el planeta, pocos vientos amargos –vientos de las brujas, vientos locos– capaces de producir trastornos en el ánimo: euforias, depresiones, alteraciones enigmáticas. El mistral, un viento del sur de Francia, frío y violento, es, al parecer, uno de ellos.

Podría empezar así.

Pero el origen del nombre –Mistral, Mistral– es, como tantas otras cosas, confuso. La leyenda repite –repite, repite– que fue por el poeta Frédéric Mistral. La entrada de Wikipedia de Frédéric Mistral, de hecho, asegura que “Su apellido fue tomado por la escritora chilena Gabriela Mistral como seudónimo”. Sólo que ella, a veces, decía otra cosa: “Mucho se ha dicho sobre mi seudónimo –puede leerse en *Vivir y escribir. Prosas autobiográficas* (Ediciones Universidad Diego Portales, 2013)– (...) Cuando recién comenzaba a escribir unas prosas muy malas en el periódico de mi pueblo, firmaba simplemente ‘Y’ (...) Yo he adorado siempre el viento (...). Es curioso, pero el viento me produce el mismo efecto que a los borrachos el vino, y después de este baño me siento mejor. Estoy contenta, todo me llama a la risa y hago versos. Se me ocurrió así buscar un nombre de viento que pudiera ser de persona y encontré el mistral y lo adopté agregándole aquella ‘Y’ primitiva con lo que quedó Mistraly, luego tiré la ‘Y’ y dejaba el nombre actual. Una vez tuve que mentir sobre este punto (...). En aquella ocasión visitaba con otras personalidades de la Sociedad de las Naciones al Presidente de Francia (...) Durante el almuerzo me interrogó si mi nombre lo había adoptado por Federico Mistral, a lo que respondí que sí porque en aquel momento no era posible responder otra cosa”.

La pequeña mentira –justificada como un rasgo de buena educación– genera una leyenda indestructible que nadie, ni ella, se preocupa por destruir.

Será un gesto repetido.

* * *

Su madre, Petronila Alcaayaga de Godoy, 44 años, doce mayor que su marido, Jerónimo Godoy Villanueva, viajó en mula desde La Unión, donde vivían, hasta Vicuña, en el intento de parir a su segunda hija –la primera, Emelina, era de una relación anterior– en un sitio menos aislado. Llegaron a Vicuña después de un día de viaje y allí, en la madrugada del 7 de abril de 1889, nació Lucila de María del Perpetuo Socorro Godoy Alcaayaga. Su padre –maestro, bohemio, músico– se fue de casa cuando ella tenía tres años y su madre decidió mudarse a la pequeña aldea de Montegrande. Ella diría, después, que el recuerdo de su padre pudo haber sido “amargo por la ausencia, pero está lleno de la admiración de muchas cosas suyas y de una ternura filial que es profunda”. Doris Dana, una estadounidense que vivió con ella desde los años ‘40 y que fue su albacea, dijo, en una entrevista de 2002 publicada por revista “Sábado”, de *El Mercurio*: “hablaba del abuso de su papá hacia su mamá. El venía a la casa y le pegaba a la mamá (...) No era un borracho todo el tiempo, pero a veces bebía y seguramente esto aumentaba la violencia”.

La abuela paterna la inició en la lectura de la Biblia (“Mis mejores compañeros no han sido gentes de mi tiempo, han sido los que tú me diste: David, Job, Raquel y María”), y la ungió de un catolicismo tronante que ella matizó, de adulta, con prácticas budistas. Fue al colegio en La Unión, luego en Vicuña. Y, primero en La Unión, luego en Vicuña, tuvieron lugar dos episodios que repite –repite, repite– la leyenda.

* * *

Hojas de cuaderno de tamaños diversos, frases escritas con urgencia que se aprietan contra el margen como cisnes con el cuello roto: “¡Un hijo, un hijo, un hijo!/ Yo quise un hijo tuyo/ y mío, allá en los días del éxtasis ardiente,/ en los que hasta mis huesos temblaron de tu arrullo/ y un ancho resplandor creció sobre mi frente”, se lee en esos papeles que estuvieron con ella en Punta Arenas cuando aquello era un páramo, el país del viento, en 1919.

* * *

“La violación sufrida cuando niña almacenó en su inconsciente todas las pruebas de que en cualquier momento el mundo, es decir el hombre, podría agredirla en forma salvaje”, escribió Volodia Teitelboim, sin citar ninguna fuente, en su libro *Gabriela Mistral Pública y secreta* (1991). En *Gabriela Mistral, Rebelde magnífica* (1957), Matilde Ladrón de Guevara, la escritora chilena que la frecuentó a menudo en su casa de Rapallo, en Italia, transcribe esta suerte de confesión a destiempo: “Hermana, mucho se me ha criticado, sobre todo un señor chileno que escribió un libro contra mí, Raúl Silva Castro. Fustiga mi poesía, dice que evoco siempre sangre, entrañas, y que no temo exhibir mis pasiones y sentimientos al desnudo. Pero ese crítico tendría que conocer mi vida para censurar acremente ciertas expresiones, o... bueno, existe una razón, una razón muy poderosa (...) Era un mocetón que visitaba la casa, parece que lo consideraban de la familia y, como yo era una niña desarrollada, un día que me encontré sola, se le desataron instintos bestiales. Fue horrible, parece que lo veo (...) Entonces, Matilde, me pareció todo terminado, la vida misma, todo”. En la entrevista de 2002 publicada

en revista “Sábado”, Doris Dana dijo, cuando la periodista le preguntó si Gabriela Mistral había sufrido abuso, “Nunca he oído algo así de ella”.

“Fui dichosa hasta que salí de Montegrande, y ya no lo fui nunca más”, le dijo a Matilde Ladrón de Guevara. ¿Dichosa? ¿Habiendo sucedido eso?

* * *

Si en La Unión –o en Montegrande– sucedió aquel asunto, en Vicuña fue el episodio del robo. Adelaida Olivares, la directora del colegio a quien ella sumisamente servía de cicerone debido a la pésima vista de la mujer, le pagó esos favores con traición acusándola –injustamente y delante de todos sus compañeros– de haber robado útiles escolares. Ese día, al salir de clases, un grupo de alumnas la corrió a pedradas para repudiarla. “Doña Adelaida Olivares me expulsó de la escuela, estampando en el libro de alumnas la única anotación que existe sobre mi vida escolar: ‘débil mental’”, escribiría después, y recordaría que, muchos años más tarde, en 1938 y durante un paseo por Vicuña en uno de sus escasos regresos a Chile, se topó con un cortejo fúnebre y se sintió impulsada a seguirlo. “A los pocos minutos me encontré dentro de la iglesia, junto al catafalco. Alguien me pasó unas flores. ‘¿Para qué?’, pregunté. ‘Para la muerta. Usted fue una de sus alumnas más queridas’. ‘¿Quién es ella?’, volví a interrogar. ‘Adelaida Olivares. ¿No la recuerda acaso?’. ‘Claro que la recuerdo, respondí, yo nunca olvido’”, le contó al periodista chileno Santiago del Campo en 1953, en una entrevista para *El Mercurio*. “El episodio –dice Volodia Teitelboim– parece arrancado a una página de Dostoievski (...) o a un cuento de Anton Chejov”.

Ella escribió, en el poema “El ruego”: “Vengo ahora a pedirte por uno que era mío (...) / ¿Que fue cruel? Olvidas, Se-

ñor, que le quería? (...) / ¡No importa! Tú comprende: ¡yo le amaba, le amaba! / (...) / ¡Di el perdón, dilo al fin! (...) / ¡toda la tierra tuya sabrá que perdonaste!”. Rogaba a Dios perdón para los otros, pero ella decía “nunca olvido”.

“Yo sólo le pediré lealtad”, le escribió a un poeta en los años ‘20; “No has conocido la naturaleza primitiva, no civilizada, que me llevó siempre a pedir a los seres que quise una total limpieza del alma y el cuerpo y una absoluta lealtad”, le escribiría, en los años ‘40, a Doris Dana. Lealtad, lealtad, lealtad. ¿Tanta lealtad para combatir qué traiciones?

Humillada, abochornada en público y entre sus pares, expulsada de la escuela a los once años, pasó un tiempo en su casa pero se negó a aprender labores domésticas: “En cuanto me vean que soy útil para la casa, estoy perdida”, le dijo a Carmen Conde, la poeta española que sería su amiga.

En 1901 la familia se trasladó a La Serena, y en 1902 ella empezó a escribir sus primeros versos. A los 14, porque necesitaba trabajar, su madre le consiguió un puesto de ayudante de maestra –aunque no tenía título; aunque jamás había mostrado vocación docente– en la escuela de la Compañía, cerca de La Serena. Un periodista, Bernardo Ossandón, comenzó a prestarle libros y ella a leer como posesa. El 10 de agosto de 1904 apareció en el periódico *El Coquimbo* su primera publicación, el cuento “El perdón de una víctima”, con argumento sintomático: Esther, una mujer loca –una *débil mental*–, se topa con un hombre que abusó de ella cuando era niña. Víctima y victimario se reconocen. Él se autoinculpa –“soy el miserable que amargó tus días, aquel que te calumnió arrojando sobre tu honra pura un enorme horror”–, y le ruega perdón porque está a punto

de morir. Ella lo perdona, él muere. El cuento termina con Esther, la razón recobrada, rezando sobre la tumba de su violador: “Es Esther, la víctima que ha perdonado, porque el perdón es hijo de las almas nobles”.

“Los seres buenos se hacen mejores con el dolor, los malos nos hacemos peores”, escribió ella en una de sus cartas.

* * *

Desde 1905 publicó artículos en *La voz de Elqui*, el periódico de Vicuña. Usaba, para firmarlos, su nombre real –Lucila Godoy Alcajaga–, y los seudónimos Alguien, Soledad, Alma y, a partir de 1908, Gabriela Mistral. No hay rastros de que haya usado, como seudónimo, Mistraly.

Intentó matricularse como maestra, pero en la escuela Normal de La Serena le impidieron inscribirse debido a que consideraban que sus artículos eran impropios de una persona destinada a formar niños. Si en *La voz del Elqui* publicaba esto: “Es preciso que la mujer deje de ser la mendiga de protección y pueda vivir sin que tenga que sacrificar su felicidad con uno de los repugnantes matrimonios modernos”, al hacendado Alfredo Videla Pineda, de quien se había enamorado, le escribía, al mismo tiempo, así: “Siento no poder acceder a su ruego sobre una entrevista reservada (...) sé que de esas entrevistas no me resultaría nada deshonroso porque llevo siempre conmigo el recuerdo de mi deber; pero para el extraño que llegara por casualidad a imponerse de ello, ¡cuánta base para una calumnia (...) que me perjudicarían en grado sumo a mí que para merecer la ayuda o el respeto del mundo no dispongo más que con mi honra, la riqueza de la pobre mujer!”. El idilio –el primero con amado ausente– duraría poco más de un año y las cartas, reunidas en *Cartas de amor de Gabriela Mistral*, de Sergio Fernández

Larraín (1978), están repletas de quejas y demandas –“Yo le escribí a los dos días de su partida, y hubiera querido una respuesta más pronta”–, saludos de muchacha vieja –“Muchos cariños le hago desde aquí mi Alfredo regalón”, “no me olvide ni se enoje conmigo, ¿no, mi malito regalón?”– y sentimientos encendidos: “Ninguna mujer le habrá querido ni le querrá con el cariño sólido, grande y abnegado con que yo lo he hecho. Jamás un hombre me ha hecho sufrir como usted de celos”. El amor terminó pronto y en 1906 conoció a un empleado del ferrocarril, Romelio Ureta, con quien novió durante un tiempo. Empezó a trabajar como inspectora en el Liceo de Niñas de La Serena y a escribir en *La Reforma*, en la revista *Penumbras*. En 1908 consiguió una plaza de maestra en La Cantera, luego en Los Cerrillos. El 25 de noviembre de 1909 Romelio Ureta se suicidó, se cree que por un problema de deudas, cuando estaba a punto de casarse con otra mujer. En su bolsillo encontraron una vieja tarjeta con la firma de Lucila Godoy.

La metamorfosis empezó entonces, al pie de un sepulcro, contemplando a un muerto.

En 1910 dio exámenes en la Escuela Normal número 1 de Santiago y consiguió el título de profesora.

En 1911 murió su padre, y ella dio clases en Traiguén y Antofagasta.

En 1912 fue maestra en el Liceo de Los Andes.

Y ese año, a tres del suicidio de Ureta, escribió una serie de poemas que llamó “Los sonetos de la muerte”: “Del nicho helado en que los hombres te pusieron,/ te bajaré a la tierra humilde y soleada./ Que he de dormirme en ella los hombres no supieron,/ y que hemos de soñar sobre la misma almohada

(...) Me alejaré cantando mis venganzas hermosas,/ ¡porque a ese hondor recóndito la mano de ninguna/ bajará a disputarme tu puñado de huesos!”. Dos años más tarde, en 1914, los envió al certamen literario de los Juegos Florales. Como se exigía que los participantes firmaran con seudónimo, firmó con aquel, ya antiguo: Gabriela –dicen que por D’Annunzio– Mistral. Por el poeta. O por el viento. O por quién sabe.

* * *

Organizados por la elite de la época como un magno concurso de arte y belleza, los Juegos Florales eran un evento de gran relevancia que incluía la coronación de una reina y un premio literario. La ceremonia de entrega se llevaba a cabo en el Teatro Santiago, con la presencia del presidente de la república. En 1914 el premio lo ganó, por primera vez, una mujer: Gabriela Mistral. Era uso y costumbre que el ganador subiera a recibir el premio y leyera sus poemas flanqueado por las jóvenes participantes del certamen de belleza. Pero esa vez la ganadora no estaba. O, si estaba, no subió. Se dijo que su ausencia se debía a su “excesiva modestia de carácter”. Ella diría, años después, que al día siguiente de esa ceremonia había recibido un anónimo con una sola palabra: farsante. Eso, aseguraba, le había dolido mucho porque “nada he cuidado más celosamente que de ser presuntuosa y me he arrancado con pinzas calientes las pequeñas vanidades”. El 22 de diciembre no subió al escenario pero el 23, un día más tarde, le escribió esto a un poeta, Manuel Magallanes Moure, con el que se escribía desde el año anterior: “Fui sólo por oírlo. No por oír mis versos (...) no por aquello de los aplausos de una multitud (...); por oírlo a usted, por eso fui”. Esa es una de las primeras cartas entre ellos y tenía –como tendrían todas– la entonación de un dios tonante mezclada con los desmayos de una heroína de culebrón.